

UNA VIA ITALIANA

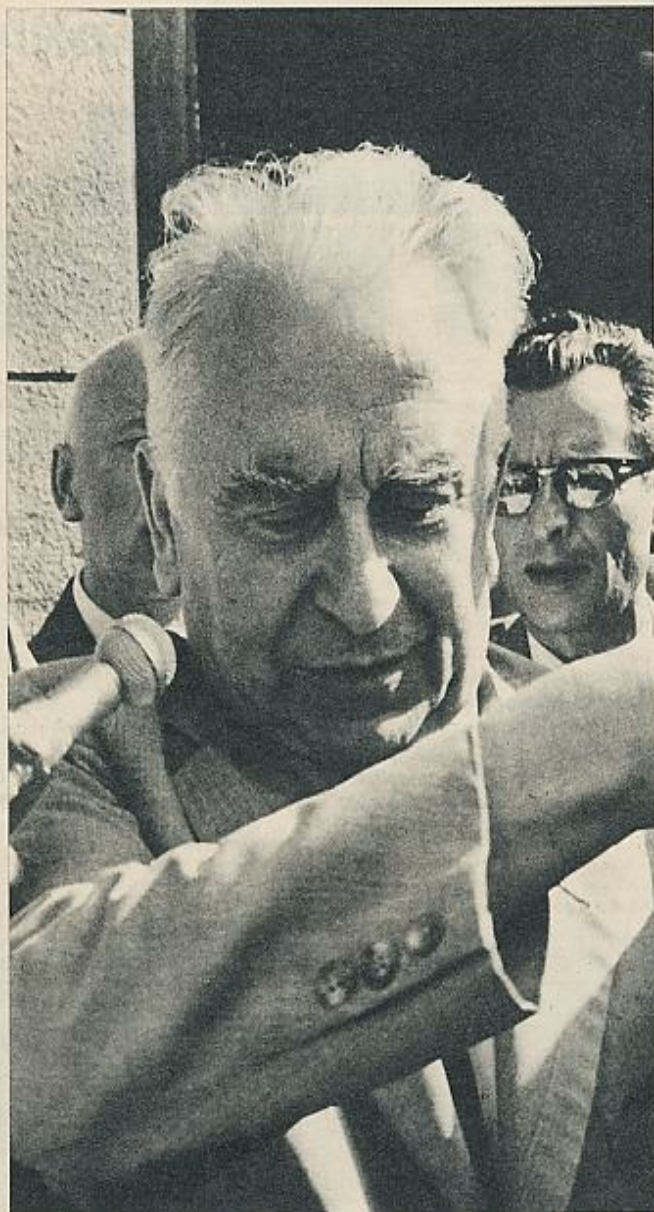
EN el XIII Congreso del Partido Comunista italiano, el secretario general, Enrico Berlinguer, ha expuesto lo que podría ser un nuevo sistema revolucionario: la utilización de las estructuras actuales del Estado, el cumplimiento real y literal de las leyes, la aplicación de la Constitución, la fuerza del Parlamento. La idea básica sería la de que las leyes existentes contienen los suficientes elementos como para transformar el país en el sentido propio del partido comunista. Naturalmente para tener acceso al poder —es decir, a la disposición de los elementos de gobierno prefigurados por la Constitución y las leyes— la vía habría de ser la electoral y requerida, como primera base, la unión de las izquierdas «a partir del reconocimiento de la diversidad de tendencias que existen en el movimiento obrero y de la autonomía plena de cada una de esas tendencias». El punto de compromiso sería la Constitución vigente, el parlamentarismo actual. Entrarían en ello los católicos —concretamente, «los elementos más adelantados del mundo católico», para señalar así la hostilidad y el distanciamiento de la democracia cristiana, que sigue siendo el primer enemigo electoral—, los socialistas de diversas tendencias, los demócratas —«avanzados», también— y, en fin, aquellos que tiendan a encontrar formas de solución a los grandes problemas contemporáneos que pasen «por una línea en la que se expresa la hegemonía de la

clase obrera en la sociedad». ¿Un Frente Popular? La expresión parece maldita y todo el mundo la rehúye: los frentes populares han terminado mal en la historia, se han disuelto en la amargura. Luigi Longo —el anterior secretario general, ahora presidente del partido— ha utilizado el nombre para repudiarlo, para señalar que es una fórmula anacrónica que ha terminado su función histórica. Ahora se trata de establecer un «giro democrático», simplemente una «unión de izquierdas». Una unión popular, dirían los chilenos, un frente amplio, dirían los uruguayos.

PARECE que la revolución, como idea, está en crisis. Se han repudiado los «modelos», el mejicano o el chino, el francés o el ruso, el argelino o el vietnamita o el cubano. Como cada pensamiento tiene su estilo literario —vienen a decir los teóricos—, cada revolución tiene su medio de expresarse. Sólo responde cuando se producen una serie de circunstancias determinadas —históricas, geográficas, sociales, culturales, religiosas, económicas— y, en ningún caso, tiene repetición posible. Por otra parte, cada forma de revolución segrega inmediatamente su contrarrevolución; puede triunfar una revolución por sorpresa, porque el sentido en que aplica su fuerza y la dirección que le da a su movimiento son desconocidos, pero si pretende repetirse, se encontrará con que la sociedad constituida ha desarrollado los suficientes

Enrico Berlinguer en 1969, cuando, por enfermedad de Luigi Longo, se convirtió en secretario general adjunto del Partido. Desde el reciente Congreso, Berlinguer es primer secretario.





Luigi Longo, a su regreso de Moscú, otoño de 1968, se detiene en París para cambiar impresiones con los dirigentes comunistas franceses. Longo es hoy presidente del Partido Comunista Italiano.

anticuerpos como para rechazarla con mayor o menor dolor. Pero en cualquier revolución que se estudie, incluidas las más lejanas de la historia, se encontrará un mismo motor ideal: la construcción de un mundo nuevo, incluso de una nueva era histórica —ejemplo clásico, el cambio de calendario y la entronización de nuevos dioses en la Revolución francesa de 1789—, el firme sentido de la utopía hecha realidad, el punto cero de un mundo por construir. Quizá sea esta idea la que está hoy generalmente en crisis, especialmente en Europa, quizá por que la inmensidad de lo creado por los años de la época industrial hasta este último desarrollo de ahora sea tan fuerte que desaliente o los revolucionarios del «partir de cero», quizá porque los «modelos» de nuevas sociedades —concretamente, la Unión Soviética— no ofrezcan hoy el mismo atractivo para los revolucionarios que el que ejercían hace veinte, treinta años. En los más ardorosos revolucionarios europeos de los últimos años, los del mayo francés de 1968, había una voluntad declarada de partir de cero, pero más bien metafísica que destructiva de lo anterior. Lo que pretendían en sus textos de las paredes —más aún que en los de los manifiestos inflamados— venía a ser una especie de puesta al día para ajustarse a una realidad no tenida en cuenta por los poderes: lo que hoy se conoce como cierto, lo que hoy está sufi-

cientemente condenado como falso, lo que la ciencia ha revelado como posible, lo que la técnica fabrica, no tienen relación con la vida de la sociedad, cuyos conceptos humanos son notablemente atrasados con respecto a sus conceptos de conocimiento. En realidad, la revolución de mayo de 1968 era una revolución contra el Código de Napoleón, prácticamente visible y establecido, contra el espíritu de Napoleón, adentrado en las grandes clases francesas, y en favor de una revolución industrial que sólo se había cumplido para una parte restringida de la sociedad.

LA propuesta de Berlinguer no va, evidentemente, tan lejos; es la de una revolución posibilista. Es una revolución semántica: consistiría en desnudar de reservas y de interpretaciones el cuerpo legislativo y ponerlo realmente en movimiento. Como es sabido, a partir de la posguerra, las naciones occidentales —y muy especialmente Italia, para ponerse a salvo de su impura procedencia fascista y beligerante— comenzaron a emitir una serie de leyes y a revestirse de unos mantos de democracia que, en la práctica, no se llegaron nunca a realizar (y sería preciso, para explicar por qué, retrasar de nuevo los años oscuros de la guerra fría, la existencia de una tensión de guerra, el progreso imperial de los Estados Unidos). ¿Podrían servir estas estructuras verbales, propagandísticas, retóricas —sin ignorar tampoco lo que de ellas ha trascendido a realidad— para ser utilizadas en el sentido de construir una sociedad distinta? ¿Se podría hacer coincidir la sociedad imaginada por los legisladores de boquilla con la sociedad real, hoy tan lejana? ¿Qué valor podría tener este experimento revolucionario? Preguntas, por ahora, sin respuesta. Sugerentes, quizá apasionantes.

PERO, al mismo tiempo, el manifiesto electoral comunista y el discurso de Berlinguer y los otros dirigentes deben ser considerados como una pieza en el juego político y electoral de Italia, y quizá en este sentido con más fuerza aún que con el de una verdadera revolución. Es una táctica. Se trata de agrupar realmente a las fuerzas de izquierda de forma que cada confederada pueda reafirmar «los valores en los que cree», como dice Berlinguer, sin temer estar dirigida o manipulada por el partido más fuerte —el comunista italiano es el más numeroso de toda Europa Occidental—, como sucedió en muchos casos en los frentes populares. Este temor no está por ahora ni mucho menos disipado, y quienes más lo sienten son los socialistas, que continúan rechazando esta posibilidad de unión. Si el manifiesto electoral y las palabras de Berlinguer, incluso las de Ingrao y los dirigentes sindicales, que complementan la tesis del secretario general con la «democracia de base» creada en fábricas y talleres, con un futuro de fortalecimiento de la participación; si la opinión pública y la coyuntura general hacen para los otros grupos la unión de la izquierda, la democracia cristiana, el partido clave de toda la política italiana de la posguerra, tendrá que renunciar a sus supuestos centristas, buscar alianzas en la derecha, incluso en los grupos considerados como neofascistas o simplemente fascistas. Entonces, Italia tendería hacia la dualidad —una izquierda frente a una derecha— y viviría por primera vez desde la posguerra unas elecciones dramáticas. No sería seguro en ellas el triunfo de la izquierda unida: la democracia cristiana y los partidos de la derecha que serían sus aliados posibles conservarían aún mucha fuerza electoral. Es imposible calcular hoy cuántos electores de la democracia cristiana se sentirán defraudados de ésta por su paso a la derecha, ni tampoco cuántos de los votantes izquierdistas se asustarían por la alianza con el comunismo. La posibilidad de grandes masas de tráfugas en uno y otro sentido harían difícil el cálculo electoral, o lo hacen especialmente difícil en estos momentos en los que ni siquiera existe la unión de la izquierda.

PERO en el caso de que triunfase la coalición patrocinada por Berlinguer, ¿sería realmente posible la utilización de las estructuras actuales para la transformación de la sociedad? ¿Se convertirían los nuevos gobernantes en unos simples reformistas? ¿Irirían hasta donde ha llegado Allende en Chile? Para los llamados grupúsculos, el intento de Berlinguer está condenado y aparece como condenable. Si por una parte lo consideran como un colaboracionismo y niegan la posibilidad de transformación de la sociedad sin revolución activa, por otra denuncian el golpe de estado que se produciría en Italia por la extrema derecha antes de consentir que los comunistas y sus aliados llegaran al poder. La posibilidad de un golpe de estado sustentado por los neofascistas, pero con fuerzas más importantes y menos alarmantes que ellos, es una posibilidad en Italia, y probablemente lo sería la capacidad de respuesta de las clases populares.